

Presentación

La fascinación por la cultura austriaca de finales del siglo XIX se ha convertido en una costumbre a la que los medios críticos, literarios y artísticos de los países distantes tanto de la lengua alemana como de la geografía espiritual y física de Europa Central se han entregado periódicamente, aumentando con el tiempo la capacidad de asombro y la receptividad ante un fenómeno de la importancia y magnitud como lo fue el que tuvo su epicentro en aquella Viena finisecular. Es en este sentido que se inscribe el presente número de *Universidad de México*.

Hace poco más de quince años Sergio Pitol anotaba en una de sus novelas: "No era posible seguir escribiendo sin conocer a los austriacos [. . .] Kafka empezaba apenas a desplegar las velas. Los demás eran ignorados, a no ser por pequeños círculos de elegidos, y no sólo en Roma, sino también en Londres, en París, en Nueva York, en la misma Viena. ¿Y en México? Serían necesarios años, quizá el paso de toda una generación para que los nombres de Musil, de Broch, de Canetti y Roth comenzaran a sonar [. . .]" En realidad, precisamos dos décadas para que tal resonancia de autores y obras llegara a perturbarnos: imposible ejercer la literatura (y comprender la cultura moderna) sin acudir a esas fuentes tan preciadas. Familiarizados con un puñado de escritores (Stefan Zweig, Otto Weininger, Alexander Lernet-Holenia, Hans Kelsen, y, por supuesto, Freud y Mahler) sólo en años recientes comenzamos a percibir globalmente la configuración del entramado cultural austriaco en el tardío siglo XIX. Los materiales aquí incluidos intentan favorecer una visión de conjunto lo más amplia posible, aunque debimos omitir infortunadamente la presencia de figuras fundamentales (Broch, Von Doderer, Loos, Wittgenstein, el mismo Freud).

La pasión austrofilica tiene en Juan García Ponce y José María Pérez Gay a sus mejores representantes en las letras mexicanas contemporáneas. Sus ensayos sobre Robert Musil y Karl Kraus se complementan con dos relatos del autor de *El hombre sin cualidades* y con una selección de aforismos del intolerante crítico del lenguaje. Presentamos también fragmentos debidos a Otto Weininger, un sugerente ensayo breve de Claudio Magris sobre el Emperador Francisco José, el capítulo de una novela del injustamente olvidado Hermann Kesten, el extraviado prólogo de Jorge Luis Borges a *Juárez y Maximiliano*, de Werfel, y, en representación de Trieste, un cuento de Italo Svevo. Los dos prolongados escritos de Carl E. Schorske y Russell A. Berman exploran en una dimensión mayor las relaciones de los componentes culturales y políticos austriacos. El primero, en un ensayo que sirvió de introducción al catálogo de la exposición itinerante que a partir de 1984 se apreció en diversas capitales europeas y en Nueva York, trata las contradicciones esenciales que modelaron a las ciencias y las artes en su tránsito a la modernidad. Berman, por su parte, arranca precisamente de la crítica general a esas exposiciones para explicar nuestro encantamiento actual por Viena y su cultura. Notas sobre Schnitzler, Klimt, la música y las ciencias exactas completan nuestra visita al fin de siglo austriaco.

"Por regla general todo llegaba a Austria con retraso; pero con antelación llegó el presentimiento de una catástrofe futura; la refinada sensibilidad, la pérdida de la realidad. Algo se terminaba, no sólo la monarquía, no sólo un siglo, sino un mundo". Estas palabras de Ernst Fischer compendian el lado oscuro de la seducción que ejerce Viena sobre los contemporáneos: la certeza de que el crisol de las culturas europeas, la Florencia de los siglos XIX y XX, el corazón territorial del Viejo Mundo, el lugar más favorecido para la procreación de la genialidad alcanzó su máximo esplendor en los momentos de agonía. Esos "últimos días de la Humanidad", ese "campo de pruebas para la extinción de la cultura" no es, hoy que el milenio muere, un helado museo de la catástrofe: es una escuela de resistencia, laboratorio para vivir gozosamente la cultura al fin de los tiempos. ◊